

## Desigualdades culturales

*A propósito del libro Culture is bad for you.  
(La cultura es mala para usted)*  
Jorge Fernández León



Portada de *Culture is bad for you* y fotografías de sus autores: a la izquierda, Dave O'Brien; arriba, Orian Brook y abajo Mark Taylor.

*Una reciente publicación académica pone en cuestión, con datos y cifras, la tan publicitada democracia cultural. Y para cambiar el rumbo sugiere que no será suficiente con mejorar las políticas del sector.*

En la introducción de uno de sus libros<sup>1</sup>, Rüdiger Safranski comenta la versión del mito de Prometeo, –generalmente contada como el advenimiento del fuego y su efecto sobre la cultura– desde una perspectiva menos conocida, la de Eurípides, que describe cómo los seres humanos vivían

escondidos en sus cuevas, perezosos, dado que conocían la hora de su muerte.

“(..). Sabían demasiado. Entonces vino Prometeo y les regaló el olvido. En adelante, sabían de cierto que habían de morir, pero ignoraban cuándo (...) así floreció de nuevo entre ellos el espíritu de trabajo, que Prometeo agujijoneó además con el don del fuego”.

La sociedad y sus responsables parecen empeñarse en seguir ocupados en medio de la pandemia en negar nuestra propia esencia, la razón, ciegos ante lo obvio. Muy pocos de los discursos de la recuperación fijan en la cultura capacidades o competencias relevantes para afrontar

<sup>1</sup> Safranski, R. (2004). *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Barcelona. Tusquets Editores.

ese reto con éxito y hacerla posible, contrarrestando los efectos demoleedores de la combinación entre la crisis del modelo productivo, vinculada a los cambios tecnológicos derivados de la digitalización y de las estrategias del crecimiento verde y las nuevas desigualdades, nacidas de las disrupciones inesperadas en las economías de subsistencia, provocadas por el virus. Una catástrofe para los derechos, para las comunidades en riesgo y para la convivencia pacífica. Señala Safranski en el mismo texto, (p. 9):

“por naturaleza, el ser humano está abocado a lo artificial, o sea a la cultura y la civilización. Así pues (...) engendra la segunda naturaleza cultural por cuanto configura su naturaleza con la cultura”.

Pero esa máxima, que sugiere que la cultura ha de ser determinante en nuestra singularidad y, por tanto, en nuestra misma supervivencia, parece aún imperceptible para la mayoría de quienes se responsabilizan de las políticas de los países, cercanos o lejanos. Y este libro que aquí se comenta<sup>2</sup> (362 apretadas páginas, de las que más de 60 son notas y bibliografía) nos acerca a una visión que, a pesar de su ambición local, tiene una aplicación bastante universal.

Éramos muchas las personas que echábamos en falta alguna provocación documentada, rigurosa, inatacable, que abordara la descripción de un panorama, el del campo expandido de la cultura y sus protagonistas, tan presente como superficial o cabalísticamente considerado en los medios y en la literatura académica.

<sup>2</sup> Brook, O., O'Brien, D., Taylor, M. (2020) *Culture is bad for you*. Manchester. Manchester University Press.

Y más cuando estamos asistiendo a una auténtica catástrofe para la cultura crítica, la creación independiente e innovadora y las políticas progresistas en materia de democracia cultural sostenible. Cuando estamos viendo cómo los debates sobre una cuestión crucial para afrontar las crecientes brechas sociales, económicas y de convivencia se centran en el lamento y en la urgencia, en los aspectos más superficiales de la economía de las llamadas industrias culturales y creativas, olvidando la oportunidad única de sentar las bases de un futuro cultural sustentable.

No contábamos con una puesta al día de los datos que, más allá de prejuicios ideológicos de este u otro signo, señalara el estado de la cuestión y planteara preguntas y posibles respuestas, aventurando incluso las bases de una teoría de la acción para las políticas culturales, lo que los autores consideran una política fuerte para la cultura.

*Culture is bad for you* aporta un detallado análisis del panorama de la producción y el consumo cultural, que se convierte a lo largo de su lectura en un ensayo-denuncia elaborado por un grupo de investigadores, muy expertos en el tema y que concluye un trabajo de cinco años, con anteriores publicaciones de documentos y estudios encargados por la asociación cultural Create London<sup>3</sup> que culminaron en un texto hoy seminal publicado en 2018 titulado “¡Pánico! Clase social, gusto y desigualdades en las industrias creativas”<sup>4</sup>. Más de 2.300 encuestas realizadas, con el apoyo de los sindicatos sectoriales, 237

<sup>3</sup> Create London es una organización cultural de referencia en Gran Bretaña, promotora de numerosos trabajos y proyectos creativos. <https://create-london.org/about-us/>

<sup>4</sup> <https://createlondon.org/event/panic-paper/>



Página web de la Royal Opera House (<http://www.roh.org.uk>) fomentando el apoyo y las donaciones para hacer frente a las consecuencias de la covid-19 (captura del 9 de abril de 2021).

entrevistas y cientos de conversaciones con profesionales del sector después, han concluido en este material de valor único. Un estudio sobre la realidad británica que describe un panorama demasiado cercano y preocupante.

En el libro, respetando los principios del rigor y el contraste cuantitativos y cualitativos, como resultado de un trabajo concienzudo de minería de datos, se muestra lo que muchas investigaciones y percepciones anteriores ya venían señalando: la cultura, el acceso a las herramientas para su producción, distribución y consumo, es un campo vedado para la mayoría de la ciudadanía.

La conclusión del texto terminado en medio de los primeros efectos de la pandemia sobre el sector es rotunda: las señales de peligro son continuadas y evidentes, independientemente del sector u ocupación cultural que se examine. Todo el sector está sufriendo un colapso total de ingresos.

Todo ello a la vez que la producción cultural ha sido una fuente importante de bienestar para la comunidad durante esta pandemia. Las tecnologías digitales han permitido nuevas formas de actividad cultural y el intercambio de prácticas artísticas y culturales; el consumo cultural (libros, películas, radio y televisión, teatro y espectáculos en vivo o grabados, visitas virtuales a galerías y museos, podcasts...), ha contribuido a ayudarnos a transitar esta crisis. Las plataformas crecen diariamente en ingresos con nuevos suscriptores y audiencias...

Y al tiempo la sostenibilidad de la producción cultural y la capacidad de quienes trabajan en la esfera cultural para vivir de su trabajo están más amenazadas que nunca. Incluso, señalan los autores, estos sectores más beneficiados están aprovechando el incremento de beneficio para perpetuar y ocultar nuevas relaciones de poder y divisiones desiguales de ingresos y ganancias.

### **Gobiernos, prioridades y espacios para la cultura**

Y la descripción del panorama sigue; verán cómo podemos fácilmente, a pesar de las diferencias, reconocernos en ella. Los gobiernos europeos se enfrentan a un preocupante aumento de las presiones financieras como resultado de la crisis y la depresión económica resultante. No importa que tratemos de exorcizar el miedo citando los cientos de miles de millones, aún no vistos. Ello supondrá sin duda cada vez mayores dificultades de financiación e inversión para el sector cultural, dado que las decisiones sobre los planes de bienestar y apoyo a la economía y la sociedad han de centrarse en otras áreas, consideradas prioritarias por la mayoría.

El impacto de la pandemia en la cultura no es el resultado de acciones o elecciones individuales. Está determinado por las estructuras de los modelos de negocio, los mercados laborales y los mecanismos financieros, junto con las políticas gubernamentales y la falta de un mínimo análisis riguroso.

Los trabajadores de las industrias culturales lo sufren directamente. Muchos de nuestros sectores culturales funcionan por proyectos y cuentan con numerosos trabajadores autónomos y a tiempo parcial. Muchos no reúnen condiciones o catalogación profesional para recibir subsidios u otros apoyos de los gobiernos. La precariedad es endémica en muchas ocupaciones culturales y en numerosas etapas de las carreras profesionales del sector.

La distribución desigual de las responsabilidades del cuidado de la infancia tendrá un impacto en las carreras creativas de las mujeres. Este argumento se ha convertido en un relato utilizado por los responsables de sectores como el cine y la televisión, para explicar la falta de avances

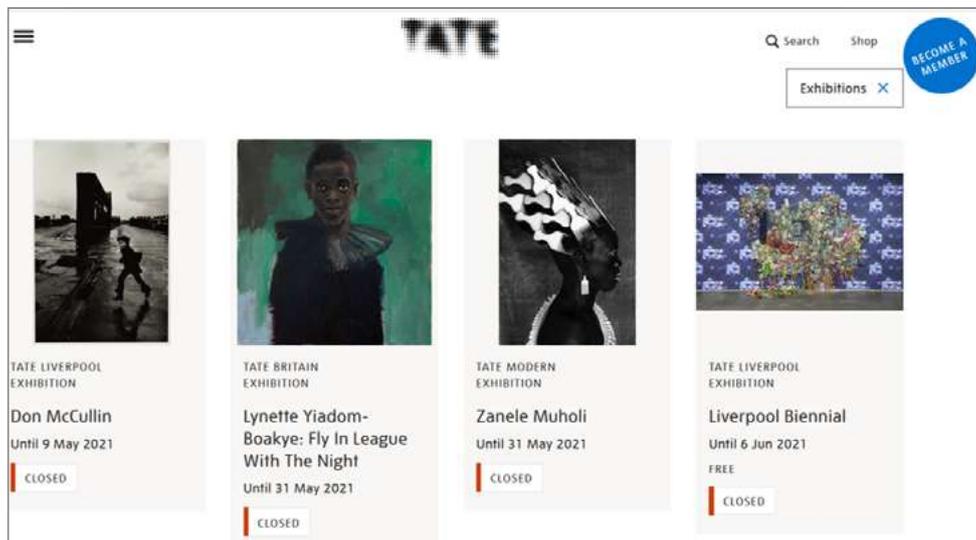
en las carreras de las mujeres. Y veremos cómo lo siguen usando para enmascarar las prácticas sexistas existentes en las prácticas laborales y en la contratación.

El efecto de la crisis no afectará a las posibilidades de acceso a nuevos trabajos de manera uniforme. Mujeres, personas de color y de clase trabajadora, serán las primeras expulsadas del mercado laboral cultural. A medida que se intensifica la competencia por un número menor de carreras culturales y creativas, probablemente nuestras ocupaciones culturales se volverán aún más elitistas de lo que son ahora.

La importancia de las redes para acceder al trabajo cultural significará mayores dificultades para quienes carecen de recursos. El cierre de partes clave de la infraestructura, como festivales que brindan oportunidades de primer empleo, destruye oportunidades de ingresar a carreras culturales; la contracción de los mercados laborales significa menos oportunidades de salir adelante para quienes ya tienen empleo en el sector.

El colapso de visitantes ya ha cerrado museos, galerías y espacios de patrimonio histórico especialmente vulnerables. La producción de cine y televisión se enfrenta a muchas dificultades. Los cambios en los horarios de lanzamiento incrementan el colapso de los ingresos por publicidad y predicen la difícil continuidad del negocio de la exhibición cinematográfica y de los pequeños canales de televisión y medios independientes. La incertidumbre de los horarios de reapertura, junto con las posibles medidas de distanciamiento social, hace que muchos espacios para las artes en vivo ya no sean sostenibles.

En este contexto, aseguran Brook, O'Brien y Taylor, aunque pueda parecer extraño sugerir un análisis de la desigual-



Página web de la red de galerías Tate en Gran Bretaña (<https://www.tate.org.uk>) informando de sus exposiciones y de su cierre con motivo de la covid-19 (captura del 9 de abril de 2021).

dad, este es el momento más importante para ello. Los primeros indicios son que nuestra vida cultural digital o presencial bloqueada seguirá los patrones de desigualdad existentes. El mercado laboral era muy desigual antes de la crisis. Su análisis nos muestra cómo es probable que la desigualdad sea mayor como resultado de los problemas estructurales que el libro detalla. Y cómo ahora es especialmente importante quién toma las decisiones, quién tiene el poder y cómo afrontan la desigualdad.

La cultura puede ser muy buena. Pero comprender la desigualdad es un punto esencial de partida para la tarea de reconstruir un sector cultural más justo y equitativo.

El libro detalla cómo la cultura dominante está estrechamente relacionada con la desigualdad en la sociedad. Quien produce cultura refleja la desigualdad social. Para tener éxito en una profesión cultural muestra cómo se necesitan unos recursos que no se comparten de manera

justa. Quien consume cultura refleja la desigualdad social.

El público que asiste a espectáculos artísticos (música clásica, ópera, danza, jazz, teatro, performances y exposiciones) es una minoría de la población. La participación tiene patrones similares. Solo una minoría participa pintando, interpretando, cantando, bailando o escribiendo. La forma en que definimos la cultura refleja la desigualdad social.

La decisión de qué es cultura y qué no es un viejo debate. Tenemos datos de asistencias y participación a través de encuestas de consumo casi siempre institucionales, que contrastan las actividades cotidianas con actividades culturales formales. Las decisiones para establecer los contenidos y catalogaciones de las encuestas reflejan que hay expresiones culturales a las que se les reconoce un alto estatus social y que reciben considerable financiación y apoyo estatal. Otras son propiedad exclusiva de las organizaciones comerciales y comunitarias.

El libro muestra con datos irrefutables que el proceso de quién y cómo se determina lo que es “alta cultura” y “cultura cotidiana” refleja las luchas históricas frente a las desigualdades sociales de clase, raza y género. Poco importa que muchas de las personas implicadas en el trabajo cultural sean conscientes de esa contradicción entre precariedad y privilegio, como señalaban en su manifiesto<sup>5</sup> hace seis años los miembros de G.U.L.F., la Fracción Global del Ultra Lujo.

Concluye este trabajo, tan recomendable, señalando que, sin profundas transformaciones sistémicas, resultará imposible hacer de las políticas culturales una herramienta a la vez fuerte y adecuadamente dimensionada a su importancia en la vida real de la gente. Porque incluso allí donde se observa una presencia de artistas y mediaciones con un mayor compromiso, no importa su origen, las condiciones objetivas son cada vez menos aceptables. En su reciente artículo “Una falla moral en las políticas culturales”<sup>6</sup>, Eleonora Belfiore hace hincapié en un fenómeno que hoy vemos crecer en todas partes, la doble precarización de profesionales de la creación y la mediación cultural implicados y comprometidos con proyectos colaborativos en comunidades marginalizadas. Esta es su conclusión:

“Lo que he descrito en este artículo no es un problema que afecte a algún

que otro proyecto; es algo generalizado y sistémico en nuestro sector. Necesitamos cambios a nivel de sistema para abordarlo adecuadamente; el cambio sistémico siempre es difícil y se enfrenta a poderosas resistencias. Las cosas se complican aún más por el evidente desequilibrio de poder entre los financiadores y los artistas a los que encargan proyectos. Esto nos deja ante la pregunta más complicada de todas: ¿quién hablará en nombre de los artistas y en el de las comunidades vulnerables con las que trabajan para impulsar el cambio?”.

Podemos tratar de vislumbrar, no obstante, siguiendo la voluntad de los autores de este “La cultura es mala para usted”, caminos hacia una respuesta. Por ponerlo en palabras de Remedios Zafra<sup>7</sup>

“Quizá entonces la razón que comienza como un espejismo se vuelve convincente y motiva hacia la solidaridad con la que comienzan las mejores alianzas. Algo parecido a una responsabilidad social, capaz de alimentar el vínculo ético entre quienes no necesariamente piensan lo mismo, pero en algún momento creyeron (y aún les punza) que la sensibilidad y el conocimiento liberan, que pueden hacerlo, que pueden ayudarles a imaginar otros futuros donde el suelo esté hecho de justicia social”.

Por el bien de las políticas culturales futuras, empenémonos en que todavía sea posible ese salto.

5 <https://artsleaks.files.wordpress.com/2012/09/g-u-l-f-artleaksgazette3.pdf>.  
<http://supercommunity.e-flux.com/texts/on-direct-action-an-address-to-cultural-workers/> (consultado el 10.02.2021)

6 [https://www.artspromotional.co.uk/magazine/article/moral-failure-cultural-policy?fbclid=IwAR-24hSNTHEnz9d\\_cWQak6mCkLd0-OicgBv-c9WzEuJoE58jITMEB4gKBdGSw](https://www.artspromotional.co.uk/magazine/article/moral-failure-cultural-policy?fbclid=IwAR-24hSNTHEnz9d_cWQak6mCkLd0-OicgBv-c9WzEuJoE58jITMEB4gKBdGSw) (consultado el 18.02.2021)

7 Zafra, Remedios (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona, Anagrama. (pp. 250-251).